

Biblioteca Universitaria, vol. 23, núm 2, julio-diciembre 2020, pp. 330-334.  
DOI: <http://dx.doi.org/10.22201/dgbsdi.0187750xp.2020.2.1154>

# La universidad como tejido de ideas y sentimientos: José López Yepes\*

**E**n reconocimiento a las labores realizadas durante su vida profesional en el campo de la bibliotecología y de las ciencias de la información, la Revista Biblioteca Universitaria se complace en presentar su disertación al haber sido investido *Doctor Honoris Causa* por la Universidad Mayor de San Andrés, de La Paz, Bolivia, el 24 de septiembre de 2019.

Excmo. Sr. Rector de la Universidad Mayor de San Andrés; Sr. Vicerrector; Sres. Decanos y Directores de carrera de la UMSA; Sr. Embajador de España en Bolivia; Sr. Vicerrector de Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense de Madrid; Sres. profesores de dicha universidad; Sres. profesores de las Universidades Panamericanas de México, Lisboa, Cabo Verde, Granada y Alicante; docentes, estudiantes y personal administrativo, señoras y señores.

Sean mis primeras palabras de salutación y de agradecimiento a todos ustedes por acompañarnos en este acto académico tan lleno de simbolismos y de recuerdos de las antiguas universidades medievales y renacentistas –como la mía, Universidad Complutense– fundada en 1499. Por entonces, la investidura doctoral convocaba a todos los ciudadanos a un alegre banquete. La investidura concedía a los nuevos doctores el privilegio de no necesitar licencia para enseñar –de ahí el título de Licenciado. Podían enseñar por derecho propio, por ser doctos y, además, tenían derecho a cabalgar sobre mula con gualdrapa. También en esta Universidad, donde he tenido el honor de ser acogido con afecto en tres ocasiones anteriores, los actos académicos son muy especiales, están teñidos de vida, de música y con docentes, estudiantes y administrativos que participan solidariamente en festejos académicos rebosantes de cultura y tradición bolivianas. Estos detalles vienen a decirnos que la Universidad es estudio pero también es vida, es pensamiento crítico pero también es ámbito de convivencia y relaciones humanas. Y por ello, en los minutos que se me han concedido voy a hablarles de mi vida universitaria, de la impresión y experiencias personales de un profesor universitario, primera generación universitaria de su familia. Quien les habla, traspasó emocionado los umbrales de la entonces Facultad de Filosofía y Letras en mi querida Ciudad Universitaria de Madrid en octubre del año 1963, umbrales que venían precedidos en la puerta del texto siguiente: *Siste Viator*, detente caminante, y el texto continuaba en latín traducido como “el profesor y los alumnos de esta nutricia escuela, cuyos nombres aquí ves escritos, la vida por la patria y por la fe libremente inmolaron. Muertos todavía hablan, mostrándonos el camino de la valentía y de la inmortalidad con su admirable ejemplo”.

En 1971 obtuve el doctorado, era Doctorado en Filología Románica, en 1978 la plaza de profesor agregado por oposición y en 1980 la cátedra de Documentación, la

\* Discurso del doctor López Yepes en la Universidad Mayor de San Andrés.

primera dotada en la universidad española, el mismo día en que nacía mi hijo Luis. Según un dicho popular, los niños vienen al mundo trayendo un pan bajo el brazo. Luis me trajo la cátedra. En noviembre de 1969 firmé mi primer contrato como profesor de Historia de la literatura medieval y en noviembre próximo, 2019, cumpla cincuenta años de magisterio universitario, estudiante y profesor siempre en la misma Universidad Complutense de Madrid. Y ahora lo celebro con todos ustedes.

Pero deseo retomar el tema que les anunciaba hace unos momentos. El binomio universidad y vida. Efectivamente ambos constituyen un binomio irreductible. Como es sabido, la universidad es el espacio más estimulador y creador de ideas, las cuales se transmiten a través de la docencia. Crear nuevas ideas significa resolver problemas científicos cuyas soluciones no solo repercuten en el crecimiento y difusión de los saberes sino, sobre todo, en beneficio de la sociedad, de las personas de carne y hueso que recorren nuestras calles y que reconocen y admiran nuestro oficio. De ahí que el rey castellano Alfonso X “el Sabio”, en la segunda mitad de siglo XIII, resolviera que “los ciudadanos de aquel lugar donde fuere hecho el estudio /La universidad/ deben mucho honrar y guardar a los maestros y a los escolares, y todas sus cosas”.

Por consiguiente, tengo para mí que la universidad es un tejido de ideas y de sentimientos que conviven y que constituyen el marco donde ora anidan las ideas, ora anidan los sentimientos. Así pues, ideas y sentimientos van inseparablemente unidos y por ello decimos en frase harto expresiva que la universidad no es químicamente pura y que ambos factores deben sobrellevarse con prudencia y con esperanza. Los sentimientos a que me vengo refiriendo aparecen incoados en situaciones como las que siguen: *¿Por qué me emociono el día de la graduación de mis hijos? Expreso alegría porque mi primera clase en la universidad parece haberse saldado con éxito. Emoción al ver mi primer libro publicado expuesto en el escaparate de una librería. Hoy es mi último examen para concluir la carrera. Por fin he logrado ser profesor de la UMSA, etc.* Hay numerosos ejemplos de sentimentalidad que respaldan mi aseveración. Y ahora, yo resumiría la existencia de sentimientos, actitudes o virtudes, compartidos por los miembros de la corporación universitaria en los siguientes: A) **El amor a la verdad**, a la sabiduría, B) **La pasión por alcanzarla**, C) **La alegría** por los descubrimientos, D) **La ilusión** por alcanzar nuevas metas, E) **La amistad** generada en la docencia y en la investigación como tareas de carácter colectivo y, como corolario final, F) **La gratitud** que mostramos a las personas que nos han ayudado en nuestra formación y en nuestra promoción.

El primer sentimiento, el amor a la verdad, a la sabiduría, subyace en los propósitos fundacionales de las universidades. Nuestro Alfonso X, el Rey Sabio, anunciaba una definición sencilla pero firme de lo que es la universidad, también denominada estudio general: “Estudio es ayuntamiento de maestros y escolares, que es hecho en algún lugar con voluntad y con entendimiento de aprender los saberes.” Una definición de universidad enormemente sencilla pero que resiste el paso del tiempo. Es la misma que recoge 500 años más tarde el Diccionario de Autoridades de la RAE en 1739: “Se llama asimismo el cuerpo, ù compuesto de los Maestros, y discípulos, que enseñan, y estudian en algún lugar determinada variedad de ciencias, y forman en él comunidad”. Creo que la universidad de nuestros días podría acoger la misma definición sin grandes dificultades.

Fíjense que aprender saberes, buscar la sabiduría como medio para llegar al Creador es también el objeto que justificó la fundación de la Universidad de Alcalá –hoy Complutense– expresado en la carta bulada *Inter cetera* del Papa Alejandro VI en 1499: “Sobre todo lo que el hombre mortal puede obtener en esta vida efímera por concesión divina, la mas importante es que, disipada la tenebrosa oscuridad de la ignorancia mediante el estudio continuo, logre alcanzar el tesoro de la ciencia por el

cual se muestra el camino hacia la vida buena y dichosa, se conoce la verdad, se practica la justicia y se iluminan las restantes virtudes”. Pero el culto a la verdad, a las ciencias, también lo postulaba el fundador, el mariscal Andrés de Santa Cruz en el solemne acto de instalación de la Universidad Mayor el 2 de abril de 1832 cuando declaraba: “Este día se nos presenta con esperanzas muy lisonjeras y nos promete las bendiciones de la posteridad que contemplará con gratitud el acto en que más se formaron el culto de las ciencias.”

La sabiduría es pues el fundamento de toda universidad. La sabiduría es el compendio de los conocimientos ciertos de la persona y de la realidad. El autor del Eclesiástico la definía así: “La sabiduría fue creada antes de cualquier cosa; la inteligencia que todo lo dispone viene de más lejos que el principio del tiempo... ¿A quién ha sido revelada la fuente de la sabiduría? ¿Quién ha conocido sus secretas intenciones?... El temor del Señor es el comienzo de la sabiduría. Puso la sabiduría en el corazón de sus fieles desde antes de su nacimiento”. Así pues, el **amor a la sabiduría** es, en fin de cuentas, la causa de la existencia del docente y del discente, éste último con su empeño en obtener el oficio del pensamiento, el oficio del estudioso, del intelectual, oficio que debe proporcionar la universidad en un entorno favorable. El citado rey Alfonso X decretaba al respecto “De buen aire y de salidas debe ser la villa donde quieran establecer el estudio, porque los maestros que muestran los saberes y los escolares que los aprenden vivan sanos, y en él puedan holgar y recibir placer a la tarde cuando se levanten cansados del estudio; y otro sí debe ser abundada de pan y de vino y de buenas posadas en que puedan morar y pasar su tiempo sin gran costa”.

Qué duda cabe de que este veneno de perfección que la universidad (¡que palabra tan hermosa!) genera nos impele a obtener grados académicos, a sentir la vocación docente y, sobre todo, a responder a la llamada de lo desconocido, de lo nunca antes navegado, es decir, a convertirnos en investigadores. Y es precisamente en este espacio de la investigación donde surge con fuerza incontenible otro de los sentimientos académicos: **la pasión por obtener la solución** a problemas planteados en el proceso investigador. Ello comporta una serie de actos de voluntad como tratar de escalar la cima que se abre a nuestros ojos, solicitar con obsesión la financiación para nuestra indagación, desear terminar con éxito la tesis de grado de un discípulo en un ejercicio sustentado en la pasión sentida corresponsablemente con él, etcétera.

El resultado final de tal actividad nos lleva a disfrutar de otro sentimiento: **la alegría, la alegría universitaria** manifestada en la superación de las metas de la carrera –licenciatura o grado, maestría y doctorado.– Y manifestada en los jóvenes estudiantes en los actos de graduación, en la recepción de las calificaciones exitosas, incluso en actividades paraacadémicas, pero también de los docentes cuando logran reconocimientos, cuando asisten con éxito al examen de grado de uno de sus pupilos, cuando publican trabajos, cuando logran que sus hipótesis se tornen verdades, cuando observan el creciente aumento de las citas de sus aportaciones. Un largo etcétera que mantiene joven al docente ya que los alumnos siempre tienen la misma edad a lo largo de cada curso académico. En fin, un canto jocoso a la eterna juventud presente siempre en el himno de los goliardos: *Gaudeamus igitur iuvenes dum sumus. Vivat academia, vivat professores*, Gocemos mientras seamos jóvenes. Viva la academia, vivan los profesores. Es una composición medieval elevada al rango de himno por excelencia en numerosas universidades.

Pero este sentimiento de alegría debe actualizarse, es decir, debe servir de estímulo perenne que permita surgir otro sentimiento que impulsa la continuación del esfuerzo por el estudio y la capaci-

dad de emprender nuevas aventuras universitarias. Me refiero a **la ilusión, al entusiasmo** por una tarea que nos brinda la universidad, ilusión que es consustancial a su naturaleza y que colma gran parte de nuestra vida juntamente con la felicidad familiar. Como es sabido, la ilusión es contagiosa y ello se observa prioritariamente en la tarea investigadora. Saber y saborear tienen la misma raíz. Quien lo experimenta una vez, es muy probable que dedique toda su vida a la aventura de la investigación científica. Por lo demás, mantener la ilusión y el entusiasmo no es difícil para quien se sienta, busque o necesite ser universitario porque la universidad como institución nunca defrauda. Y no puede hacerlo a causa de lo noble y excelso de su misión. Créanme que la desilusión y el desánimo que, a veces, podamos experimentar en horas bajas tienen otros orígenes y procedencias.

En esta obra corporativa, que es la acción académica, ser autosuficiente es imposible, ya que requerimos de aquellos a los que seguimos sus huellas (investigar o dar clase es seguir o aprender de los vestigios de los demás). En efecto, nos leemos entre nosotros para dar clase o para alumbrar nuevas ideas. Viene, pues, a colación recordar de nuevo al autor del Eclesiástico: “El hombre prudente medita en su corazón las sentencias de otros y su gran anhelo es saber escuchar”. En este entorno al que acabo de referirme surge la gran noción de la **amistad universitaria** que, al decir de Cicerón en su tratado *De amicitia* hace residir “toda la fuerza de la amistad /en/ el sumo consenso de voluntades, aficiones, pareceres” (*Omnis vis amicitiae voluntatum, studiorum, sententiarum summa consensu*). La amistad universitaria, probablemente la más auténtica y fecunda cuando lo es de verdad, se manifiesta entre los alumnos de modo muy espontáneo, entre el personal administrativo y entre los docentes cuando trabajan en equipo o asisten a congresos en grupos. En ambos casos, docentes, administrativos y estudiantes son compañeros porque comparten el mismo pan. Y también la amistad surgida entre tutores y asesorados, o los miembros de una escuela académica que se han formado con los mismos maestros. Y ya que hablamos de maestros, quiero destacar la extraordinaria amistad no exenta de respeto que mantenemos a lo largo del tiempo con los grandes maestros, aquellos que nos han formado y cuyos genes se han ido transmitiendo en el espacio y en el tiempo de generación en generación. Yo hago de ellos ahora singular homenaje público porque son los miembros más valiosos de las universidades, son personajes de imperecedero recuerdo. Los grandes maestros nunca mueren, tan solo desaparecen en el tiempo y sus huellas y su ejemplo permanecen para siempre entre nosotros. Son, por ejemplo, permítanme que los haga venir a este acto académico, mis maestros de feliz recordación. Concédanme la libertad de citarlos: Los doctores José Fradejas, profesor que me llevó a la Universidad; Antonio Rumeu de Armas, director de mi tesis doctoral; José Simón Díaz, José Manuel Ruiz Asencio, José María Desantes –mi maestro en la investigación– y Alfonso Nieto, que auspiciaron mi entrada en el ámbito de las ciencias de la información documental. Y específicamente en el Departamento de Biblioteconomía y Documentación, cuya fundación tuve ocasión de promover en 1978 y hoy eficazmente comandado por la Dra. María Teresa Fernández Bajón.

Y ahora para concluir, llego a donde deseaba llegar desde el principio de este pequeño discurso. A comentar el último sentimiento, el reflejo de todos los citados: el sentimiento **de la gratitud**. La gratitud es, tal vez, el mejor sentimiento universitario y hoy tengo la suerte de poderlo manifestar sin freno y en abundancia. Mi gratitud a todos los que han intervenido en hacer posible este Doctorado Honoris Causa, honor que comparto con todas las personas que me han ayudado, han colaborado conmigo o han sido mis alumnos a lo largo de mi carrera universitaria. Mi reconocimiento al Honorable Consejo Universitario; al Rector, Dr. Waldo Albarracín; a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, representada por su decana, María Eugenia Pareja, su vicedecana Mirka Rodríguez y el director de carrera Freddy Maidana. También al resto de las autoridades de la UMSA. Finalmente,

a los decanos y docentes que representan a la Universidad Complutense de Madrid encabezados por su vicerrector de relaciones internacionales, el profesor Dámaso López y a los profesores de las Universidades de Granada, Alicante, Panamericana de México, Lisboa y Cabo Verde, también presentes en este acto académico.

Deseo poner de relieve, finalmente, que la Universidad Mayor de San Andrés es la más importante de Bolivia, la que ejerce un auténtico liderazgo. Por lo demás, y en el caso concreto de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, y en la carrera de Bibliotecología, ha sido un privilegio que se nos haya permitido colaborar en las nuevas Maestrías, iniciar los seminarios hispano-bolivianos y sumarnos a la ola de inquietud académica y entusiasmo que recorre las aulas de la Facultad citada.

Por todo lo dicho, pienso que ostentar el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Mayor de San Andrés es algo más que ser doctor honorífico. Ello comporta mi incorporación al claustro de una *sedes sapientiae*, de una casa de estudios viva, dinámica y en ebullición, como he dicho, donde se advierte con claridad la unión o ayuntamiento de sus miembros que preconizaba nuestro Rey Alfonso X “el Sabio”. En esta casa, hemos advertido ciertamente asombrados que los estudiantes dirigen la mirada al docente con atención inquietante y con el ánimo de recibir orientación para es-cudriñar los secretos que la realidad alberga y que la Universidad tiene el propósito de desvelar en una aventura del saber compartida. Y yo me uno a esta misión con mi deseo por saber, con pasión, con alegría, con ilusión, ofreciendo mi amistad y mostrando toda la gratitud que obra en mi corazón por el honor que me han conferido. Muchas gracias”. ■

## JOSÉ LÓPEZ YEPES



José López Yepes (Madrid, España). Es doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense ha sido un profesionalista muy cercano a la comunidad bibliotecaria de la UNAM, quien en numerosas ocasiones ha participado en diversos eventos académicos y docentes organizados por la Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información (DGBSDI) y por el Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información (IIBI) desde hace muchos años. Como coordinador del Doctorado en Ciencias de la Información de su universidad ha realizado 18 seminarios hispano-mexicanos en investigaciones bibliotecológicas.

José López Yepes ha sido director de la Escuela Universitaria de Biblioteconomía y Documentación, vicedecano de la Facultad de Ciencias de la Información y coordinador del Programa de Doctorado en Documentación. Fundamentos, tecnologías y aplicaciones (UCM), en colaboración con el IIBI de la unam. Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y de la Academia Alfonso X “el Sabio” (España). Fundador y director de tres revistas científicas de su área de conocimientos. Autor de numerosos artículos en revistas científicas y de monografías como *La documentación como disciplina. Teoría e historia* (Pamplona, 1995), *La sociedad de la documentación* (Madrid, 2010), *Cómo se hace una tesis* (México D.F., 2010), *La lectura crítica como recurso didáctico. Modelos y métodos* (México D.F., 2015), *La ciencia de la información documental. El documento, la disciplina y el profesional en la era digital* (México D.F., 2015), *La dirección/ asesoría de tesis doctorales. Materiales para un manual de buenas prácticas* (México D.F., 2015), *Introducción a la ética de la información periodística en el cine* (Madrid, 2016) y *Aprender a investigar viendo cine* (Madrid, 2017). Es profesor visitante de numerosas universidades europeas e iberoamericanas y asesor de más de cincuenta tesis doctorales.